

Critica de Libros

Por Eleazar Huerta

LEYENDO este libro de Acevedo Hernández, no me pareció, desde un principio, que su protagonista tuviera con los pícaros españoles, intelectualmente cínicos, la menor semejanza, salvo el dato externo del nombre. Hasta que me vino a la memoria Ulenspiegel, el héroe creado por Carlos de Coster, aquel romántico y nacionalista poeta flamenco.

El Maulé del señor Acevedo Hernández es, en efecto, una especie de Flandes en que la despreocupación suple la riqueza, pero con el mismo sensualismo ingenuo. Y también, aunque sin la agresividad que en Coster, con su veta de nacionalismo, de fuerte amor a la tierra.

Con todo, las burlas y las veras de Ulenspiegel recorren toda la escala social, van desde los profesores universitarios a los campesinos. Y están contadas en un estilo cuidado. Acevedo Hernández, que reduce su héroe al campo, ha debido naturalmente apoyarse en el colorido local de la dicción y ha trazado un Pedro más simple, que al superar lo cómico no puede llegar al humorismo y deriva hacia lo sentimental.

Conforme avanza, este "Pedro Urdemales" se va ensombreciendo y acaba por ser el recuerdo de sí mismo. A su vez, surge incontentible un panorama pesimista de los pueblos pequeños:

"El comandante es un orejón, si supiera lo que Tomás ha hecho con la comadre y la ahijá, no lo defendería... Y la mujer del Alcalde...

... y la biata del boticario... Esa sabe toas las señas de los famosos padres de San Francisco. Este pueblo es un infierno... Aquí el que tiene cuatro matas de trigo o güen contrabando, hace lo que quiere. La Inés se puso a comprar tierras y casas en este pueblo infeliz. Menos mal que la casa está cerca del cementerio...".

Me quedo, para mi gusto, con la primera parte del libro, con todo lo anterior a la muerte de Marcela. Allí está lo jugosamente alegre del mismo. Y aun allí, hubiera preferido menos patetismo en la vela del vivo, un demonio con menos azufre.

Aunque el protagonista se vaya desnaturalizando, aunque aparezcan frenos morales que malogran la ingenua felicidad, Acevedo Hernández salva su obra hasta el fin, apoyado en la fluidez narrativa. Este don del contar agradable, interesando siempre al lector, si que está prodigado con tino. Va unido a un panteísmo sano, que saborea el paisaje de un modo sencillo y poético. Aquí, al paisaje, no llega la carcama moral.

El problema de Pedro es el amor, incompatible con la libertad. El amor es posesión, exclusividad. También supone trabajo. En fin, el amor es sedentario, algo vedado al trepamundos. Este concepto hogareño es el que hace de Pedro, en definitiva, un bohemio sentimental. Por eso Marcela, mujer pura, lo ama, pero muere sin ser suya. E Inés, que se le entrega con frenesí, lo pierde. El bueno de Pedro se ve sometido así a un desdoblamiento psicológico que lo destruye como héroe primitivo, de una pieza, seguro hasta en sus contradicciones.

Al principio, cuando Pedro tenía agallas para meter a sus hermanos en dos sacos y echarles al río, resulta más brutal, pero más inocente. Crea su propia conducta y es un héroe, por lo tanto. Después, las cosas van cambiando, pues Pedro no crea su ley, sino que soslaya la ley ajena, a la cual presta un creciente acatamiento. Es lógico, entonces, que Inés llegue a engañarle con el entierro de los tres frailes, y

hasta que lo apedreen los muchachos, al final. Al ir dejando de ser él mismo, Pedro no es nadie.

Se va cumpliendo el destino de Pedro, conforme a la predicción del Judío Errante. Y vemos hacerse negra, sin esperanza, la alegría del más ingenioso de los rotos. El carácter del personaje, minado por una tesis, deja entrever el pesimismo.

Pero la amenidad del relato, el aroma del campo maullino siguen intactos, salvando todos los momentos difíciles.

ANTONIO ACEVEDO

HERNANDEZ

Pedro

Urdemales



Ediciones Cultura